

dado á preservar á su pueblo del contagio de la heregía; y para asegurarse de la fé de los pastores directamente encargados de la enseñanza, dispuso que en el mismo año de su eleccion se formase en un Concilio celebrado en Rouen una fórmula ó profesion de fé capaz de obviar á todos los artificios de Berengario, la que debian firmar todos los preladados antes de su consagracion.

Este testimonio, que es uno de los mas satisfactorios y terminantes de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de su amor, estaba concebido en estos términos (1): «Creemos con el corazon y confesamos con los labios que el pan que se ofrece en el altar no es mas que pan antes de la consagracion; pero que en virtud de las palabras sagradas, la sustancia ó naturaleza del pan se convierte por el poder de Dios en la sustancia de aquella misma carne que fué formada por obra del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María, que fué azotada y sepultada, y que resucitada luego al tercero dia está sentada á la diestra de Dios Padre. Creemos igualmente que el vino mezclado con agua y puesto en el cáliz para ser consagrado, se convierte verdadera y substancialmente en aquella misma sangre que fué derramada por la redencion del mundo. Excomulgados sean todos aquellos que piensan ó hablan de una manera opuesta á esta creencia apostólica.» El concilio en que se dispuso este formulario fué celebrado el año 1055.

El emperador Enrique convidó al Papa el año siguiente á que fuese á verle á Sajonia; y el Pontífice, que era alemán, se pres-
tó á ello al instante, como acabamos de ver. Admirarán tal vez estos largos viages de los Papas, multiplicados especialmente desde que una tierra tan lejana del sepulcro del príncipe de los Apóstoles habia principiado

(1) Anale pt. tom. 2, pag. 441.

á ser, por decirlo así, el plantel de sus sucesores. Sin embargo, á unos hombres revestidos de un carácter tan superior á la naturaleza, nos guardaremos muy bien de imputarles una predileccion ó inclinacion muy natural á su propio pais; pero no elogiaremos menos la sabiduría y acierto de las providencias tomadas despues por la Iglesia romana para tener Pontífices que mirasen con igual amor á todos los sitios y á todos los pueblos. El emperador pasó desde Goslar á Botfeld en los confines de la Turingia, á donde le acompañaron el Pontífice y una multitud extraordinaria de señores; pero parece que Enrique habia reunido toda la grandeza del imperio con el único objeto de que asistiesen á su muerte. Apenas llegó, cayó enfermo: hizo que el Papa y los señores eclesiásticos y legos confirmasen la eleccion de su hijo llamado tambien Enrique, ya coronado dos años antes; y murió á los siete dias de enfermedad, el 5 de octubre de 1056, siendo de edad de treinta y ocho años. Aunque Enrique el Negro era piadoso y poseia muchas virtudes, lloráronle poco á causa de su despotismo, que se extendió hasta á la colacion de los beneficios. Fué el primero que en Alemania pretendió tener este derecho en virtud del de las investiduras que le habian trasmitido sus predecesores.

Algun tiempo despues de haber regresado á Italia el Papa Victor murió en Toscana á 28 de julio de 1057. Llegando inmediatamente á Roma esta noticia, corrieron muchas personas del clero y del orden de los ciudadanos á buscar al cardenal Federico, que era uno de los tres legados que habian pasado á Constantinopla para el asunto de Miguel Cerulario. Regresado que hubo de su legacion habia abrazado la vida monástica en Monte-Casino, de donde habia llegado á ser abad, y se hallaba en Roma, donde gozaba gran reputacion de sabiduría y virtud. Los romanos le consultaron

sobre la elección del Papa; y Federico les indicó al cardenal Humberto, al subdiácono Hildebrando y á los obispos de Veletri, Perugia y Tuscúli, como los cinco sujetos que conocia mas dignos del pontificado entre todos los que vivian en Italia. Algunos romanos querian se esperase el regreso de Hildebrando que estaba entonces en Toscana; pero declarándose los demas á favor del mismo Federico, á quien causó esta noticia no menos consternacion que sorpresa, le sacaron á pesar suyo del monasterio de San Andrés, donde residia, lo llevaron á la iglesia de San Pedro *ad vincula*, en la que le eligieron Papa, y le dieron el nombre de Esteban IX, porque era la fiesta de san Esteban Papa, dia 2 del mes de agosto. Condujéronle desde allí al palacio patriarcal de Letran en medio de las aclamaciones de toda la ciudad, y al dia siguiente muy de mañana fueron á buscarle todos los cardenales, el clero y el pueblo, para llevarle á San Pedro, en donde le consagraron.

Principió Esteban IX su pontificado celebrando muchos concilios para poner un freno á la vida escandalosa de los clérigos. Procuró indagar quiénes eran los que habian quebrantado las leyes de la continencia despues de la prohibicion de Leon IX; y aun aquellos que abandonaron sus mugeres y abrazaron la penitencia fueron escludidos del santuario por cierto tiempo y privados para siempre de la facultad de celebrar los santos misterios.

Poco despues el Papa Esteban sacó á Pedro Damiano de la soledad en que vivia y le nombró cardenal obispo de Ostia, esto es, el primero de los cardenales. Aplaudieron todos esta eleccion, escepto Pedro que la resistió con todas sus fuerzas (1). Fué necesaria una orden espresa del Sumo Pontífice, acompañada de amenazas en caso

de que continuase resistiéndose. El humilde solitario se sujetó al yugo brillante que se le imponia; pero solo lo miró por el lado peligroso, y no cesó de llorar hasta que por último logró libertarse de él. Poco despues de su promocion escribió á los obispos sus hermanos y compañeros, esto es, á los siete obispos cardenales, á quienes llama obispos de la Iglesia de Letran, porque eran los que tenian derecho para officiar en ella en lugar del Papa (1). Llamábaseles tambien hebdomadarios, porque servian alternativamente por semanas; y colaterales, porque en cierto modo eran inseparables del lado del Pontífice. Observamos por esta carta cuán penetrado estaba su autor del espíritu de su estado, cuya dignidad dice que consiste en la pureza y santidad de vida y en evitar todo fausto y toda pompa exterior. Declama principalmente contra aquellos que sin dejar las costumbres del siglo, ni tener mas méritos que los servicios que prestan á los reyes en sus ejércitos, se esfuerzan por obtener las primeras dignidades de la gerarquía. «Por dominar al clero, dice (2), padecen mucho tiempo una dura servidumbre. Seriales mas fácil adquirir este derecho á peso de oro, que comprarle así con servicios propios de esclavos; porque hay tres géneros de valores ó compras, y de consiguiente tres géneros de simonía: la de la mano que cuenta el dinero, la que presta servicios, y la de la lengua que lisonjea. Por lo tanto, los que adquieren las dignidades eclesiásticas por estar sirviendo al lado de los príncipes, lejos de estar exentos de la simonía, suelen ser reos de las tres especies á un mismo tiempo.»

Aplicó tambien el Papa Esteban los talentos y virtudes del abad Didier al bien general de la Iglesia. Era Didier uno de los mas distinguidos personajes de su siglo,

(1) Vit. Petr. Dam. cap. 14.

(2) Lib. 2. Epist. 4.



descendía de la ilustre casa de los príncipes de Benevento, había mostrado una rara piedad desde la infancia, y experimentó todo género de obstáculos y persecuciones por parte de sus parientes por huir de sus ideas ambiciosas y abrazar la pobreza evangélica (1). Al pasar Esteban al pontificado desde la abadía de Monte-Casino que deseaba conservar, hizo que eligiesen á Didier abad de aquel monasterio, sin embargo de que había manifestado ya el designio que tenía de enviarle á Constantinopla en calidad de legado. Por un convenio muy particular, resolvieron á principios del año 1058, que si Didier volvía viviendo Esteban se encargaría del gobierno de la abadía bajo las órdenes de este Pontífice, y que si el Papa moría en este intervalo, reconocerían á Didier absolutamente por abad. Pasó este desde luego á Bari á esperar viento favorable para hacerse á la vela.

El imperio de Oriente había mudado de soberano en el discurso del año anterior. La anciana emperatriz Teodora, que fundada en las predicciones de algunos monges griegos se había lisonjeado de vivir siglos enteros, no reinó mas que unos diez y ocho meses, sin desvanecerse sus locas esperanzas, hasta que se vió, por decirlo así, en los brazos de la muerte. Consiguieron entonces de ella sus eunucos que declarase emperador á Miguel Estratiótico, que gozaba reputacion de hombre versado en las cosas de la guerra; pero era sumamente viejo y no entendía nada de gobierno, de modo que se vió muy pronto en mil apuros de que no pudieron sacarle los autores de su elevacion, que solo eran á propósito para dominarle.

Después de diferentes revueltas, Isaac Comneno, que era de una casa ilustre originaria de Italia, según se cree, fué pro-

(1) Chron. Cass. lib. 3, cap. 2, etc.

clamado Augusto en 8 de junio de 1057 por las tropas que mandaba en Asia. Miguel sostuvo la guerra por espacio de algunos meses; pero habiéndose presentado Comneno delante de Constantinopla, fueron á Santa Sofía muchos patricios acompañados de un gran número de ciudadanos, y llamaron al patriarca Miguel Cerulario, que estaba muy bien instruido de esta conspiracion premeditada, aunque procuraba disimularlo. Mantívose encerrado en su casa, y envió á sus sobrinos para que se presentasen á los principales autores de la conjuracion, quienes fingiendo estar irritados contra ellos, los amenazaron con que los habían de ahorcar si no se presentaba el patriarca. Mostróse, pues, revestido de las insignias pontificales, y afectó una indignacion muy grande contra la supuesta violencia que le hacían. Lleváronle al altar, le pidieron que obligase al emperador Miguel á entregar el juramento que se le había hecho por escrito, y sin esperar la ejecucion de esta formalidad ilusoria, proclamaron emperador á Comneno el día 31 de agosto del año 1057, declarando enemigos del Estado á todos aquellos que no prestasen su consentimiento. Miguel Cerulario fué el primero que dió su aprobacion, ejecutando lo mismo Teodoro, patriarca de Antioquia, que estaba presente, y que propuso demoler las casas de los grandes que opusiesen resistencia (1).

Arrojando entonces la máscara Miguel Cerulario, envió á decir á Comneno que se presentase cuanto antes y que no se olvidase del favor que acababa de hacerle; y al viejo emperador le dió á entender por medio de algunos metropolitanos que se retirase de palacio en donde no tenía ya autoridad alguna. El miserable anciano preguntó qué recompensa se le ofrecía: *el reino de los cielos*, respondieron los prelados, empleando

(1) Zonar. lib. 17, cap. 29.

sacrilégamente su carácter para burlarse del Evangelio y consumir la rebelion. Despojóse al momento de la púrpura con mucha docilidad y abandonó el palacio. Perdonaron la vida á un soberano depuesto, que no era capaz de inspirar el menor recelo: había reinado un año y algunos días. Entró Comneno al otro día en Constantinopla, y el patriarca Miguel lo coronó solemnemente en la iglesia mayor.

En los dos años y tres meses que reinó el nuevo emperador, fué las delicias de sus súbditos por la sabiduría de su gobierno; y á la verdad nada le hubiera faltado si hubiese ascendido á él por un medio mas legítimo (1). Reparó los desórdenes de los reinados precedentes y la entera decadencia de las rentas públicas: restituyó á la iglesia de Constantinopla la administracion de sus bienes, usurpada por sus predecesores, y redujo á la costumbre antigua los derechos de los obispos, así en cuanto á las contribuciones de las parroquias como en cuanto á las ordenaciones; á saber, una moneda de oro por la ordenacion de un clérigo inferior, tres por el diaconado, y tres por el presbiterado; lo que nos da á entender el estado en que había venido á parar la pureza de la disciplina entre aquellos presuntuosos émulos de los latinos, al propio tiempo que trataban á estos con un desprecio tan insultante. También cercenó este emperador las rentas de algunos monasterios, cuya providencia bastó para mejorar la situacion del Estado. Después de calcular lo que bastaba á los monges para las necesidades limitadas del género de vida que habían abrazado, les quitó todo lo demás.

Entretanto Miguel Cerulario encarecía sobremanera los derechos que pretendía tener á la gratitud del emperador Comneno. Cansábale con súplicas continuas y algu-

(1) Jus Graec. Rom. lib. 2.

nas veces insolentes. Cuando le negaba lo que pedía, prorumpía en amenazas; y le oyeron decir mas de una vez que él sabría derribar el poder que había levantado. Rayó su orgullo en el extremo de querer usar el calzado de escarlata, adorno reservado á los emperadores, y aun llegó á decir que apenas había diferencia, si es que alguna que había, entre el imperio y el patriarcado. De este modo los obispos de Bizancio, colocados en una altura tan eminente por los emperadores de Constantinopla, convertían su grandeza é independencia contra sus propios autores. El príncipe llegó á saber todo esto y resolvió anticiparse al sedicioso patriarca; aprovechó la ocasion de la fiesta de los Arcángeles, esto es, de San Miguel, que celebraban los griegos el día 8 de noviembre, y que iban á celebrar los obispos de Constantinopla á la iglesia de los Angeles, estramuros de la ciudad. Unos guardias ingleses, llamados *barangas* por los griegos, prendieron en ella al patriarca, de orden del emperador, y le condujeron ignominiosamente encima de un mulo hasta la orilla del mar, donde se hicieron á la vela con él, y no se apartaron de su lado hasta que llegó á Proconeso, que era el lugar de su destierro. Dijéronle allí de parte del emperador que renunciase su dignidad, si quería escusar la deshonra de que le depusiesen en un concilio. Pero Miguel se portó con el mismo orgullo que le había escitado á negar la obediencia debida al Gefe de la Iglesia, y respondió con tal firmeza y altivez, que á pesar de que Isaac Comneno era hombre de mucho talento, estuvo muy perplejo acerca del partido que debía tomar, cuando la muerte del patriarca, ocurrida poco después, libró de este cuidado al emperador.

Fué elegido en su lugar Constantino Licudas, el cual no había seguido la carrera eclesiástica, pero tenía reputacion de hombre

muy inteligente en los negocios de Estado, y desempeñaba entonces el empleo de gefe de la guarda-ropa: celebran mucho su generosidad así con el clero como con el pueblo. Isaac Comneno conservó siempre con él la mejor armonía; pero escrupulizó reinar hasta la muerte en el imperio que habia usurpado. Estando cazando le causó tal sensación un relámpago, que cayó del caballo. Ocasiónóle este susto unas convulsiones epilépticas, cuyas accesiones iban aumentando de día en día, de suerte que desesperaron de su curacion. Persuadióse él de que esta enfermedad era un castigo de sus pecados, y para aplacar la ira de Dios renunció la púrpura y abrazó la vida monástica, creyéndose que su penitencia era muy sincera porque no eligió á ninguno de su familia para que le sucediese, sino á Constantino Ducas, á quien juzgó el mas digno de todos, aunque muy equivocadamente, y dispuso que le coronasen en 25 de diciembre del año 1059. Al principio la emperatriz Catalina, muger de Comneno, se opuso al designio de su esposo; pero despues le confirmó en su resolucion, y se encerró ella tambien en un claustro con su hija María. Elogian, entre otras virtudes, la castidad constante de Isaac Comneno.

Es de presumir que una legacion del Gefe de la Iglesia hubiera producido admirables efectos en la Grecia bajo el reinado de este emperador lleno verdaderamente de sabiduría y de temor de Dios. Pero aun no habian emprendido el viage á Constantinopla los legados del Papa Esteban, cuando murió este en Florencia á 29 de marzo de 1058: los monges de Monte-Casino comunicaron al punto la noticia de esta muerte al abad Didier, que era el principal legado, y le hicieron las mayores instancias para que regresase al monasterio. Púsose en camino al instante, llegó el día de Pascua muy de mañana, y al punto le dió la pose-

sion de la abadía el cardenal Humberto, que se habia visto precisado á salir huyendo de Roma á causa de las turbulencias de aquella ciudad.

A la primera noticia de la muerte del Papa, procedieron Gregorio, hijo del conde de Túsculi, y Girardo de Galera, con algunos romanos de los mas poderosos, á formar una asamblea nocturna y tumultuaria en la que eligieron sucesor de Esteban IX á Juan, obispo de Veletri, á quien llamaron Benedicto; nombre que ocupa el lugar de Benedicto X entre los Sumos Pontífices, aunque este Benedicto no fué mas que un antipapa y un intruso. Los romanos concibieron una idea tan baja de él, que le dieron el renombre de Minchione, que significa estúpido. Los cardenales, presididos por Pedro Damiano, no desaparecieron hasta despues de haber protestado contra esa eleccion y fulminado anatema contra los que habian osado hacerla. Correspondia á Pedro Damiano en calidad de obispo de Ostia consagrar al Pontífice; pero en lugar de él se apoderaron los revoltosos de su arcipreste, hombre tan ignorante (dice el mismo Pedro) que no era capaz de leer una página, ni aun deletreando, y le obligaron á coronar á Benedicto el día 5 de abril de este año 1058. Conservóse sin embargo en el trono este usurpador cerca de diez meses.

Antes de marchar á Toscana el Papa Esteban habia reunido en la iglesia á los obispos, al clero y al pueblo romano, y les habia mandado que en caso de que él muriese durante la ausencia de Hildebrando, á quien enviaba á Alemania, dejasen vacante la Santa Sede hasta el regreso de este legado y ejecutasen entonces la eleccion con arreglo á sus consejos. Hildebrando supo á su retorno á Italia la eleccion cismática de Benedicto, por lo que se detuvo en Florencia, y desde allí escribió á los romanos que miraban con horror el cisma. Habiéndole

remitido estos una autorizacion ilimitada, dispuso que en un Concilio celebrado en Sena á 28 de diciembre de 1058 fuese elegido Papa el obispo de Florencia, llamado Gerardo, que era natural de Borgoña. Era este un hombre de juicio recto, bastante instruido, segun el testimonio de Pedro Damiano á quien consultaron, de una pureza de costumbres superior á toda sospecha, y muy limosnero. Entretanto, y conociendo todo el mal que el cismático Benedicto podia causar á la Iglesia si fuera sostenido por los alemanes, se envió una comision á la emperatriz, que gobernaba en nombre del jóven Enrique, para que apoyase la eleccion de Gerardo. Tuvo tan feliz éxito esta comision, que este Papa no solamente fué reconocido en nombre del rey de Germania, sino que Godofredo, duque de Lorena y de Toscana, fué comisionado para que le acompañase á Roma, donde le recibieron con aclamaciones el clero y el pueblo, sentándole en la Santa Sede los cardenales segun costumbre, y coronándole el día 18 de enero de 1059 por un honor extraordinario de que la historia no hace mencion respecto de ninguno de sus predecesores. Algunos días despues presentóse el antipapa al Pontífice legitimo, llamado Nicolao II, y protestó que le habian violentado, confesándose sin embargo reo de usurpacion y de perjurio, y pidiendo perdon con todas las señales de un arrepentimiento sincero. No fué inexorable el Papa, antes bien levantó la excomunion fulminada contra Benedicto, si bien le depusieron del episcopado y del sacerdocio.

El Papa Nicolao ordenó el día 6 de marzo del mismo año al abad Didier presbítero cardenal del título de Santa Cecilia, y le dió al día siguiente la bendicion abacial con el título de Vicario apostólico para reformar los monasterios de la Campania, de la Pulla y Calabria. En el mes de abril próximo celebró un Concilio de ciento trece obispos,

con una multitud de abades y otros eclesiásticos (1). Cuando principiaron las sesiones, manifestó lo que habia sucedido al tiempo de la muerte de su predecesor. «A fin pues, dijo, de que no vuelvan á espermentarse jamás semejantes desgracias, mandamos, segun las disposiciones de los Padres, que luego del fallecimiento del Papa traten de la eleccion antes que otro alguno los obispos cardenales reunidos, y que estos llamen despues á los clérigos cardenales, para que presten su consentimiento lo demás del clero y el pueblo. No debemos olvidarnos de lo que dijo nuestro predecesor Leon, de santa memoria, á saber, que no deben reputarse pastores los que no son elegidos por el clero, ni pedidos por el pueblo, ni consagrados por los obispos de la provincia de acuerdo con el metropolitano. Pero como el Papa carece de metropolitano, corresponde hacer sus veces á los obispos cardenales. Debe hacerse la eleccion en el seno de la misma iglesia que se trata de proveer, si hay en ella un sugeto digno de ello, y sino en alguna otra, salvo el honor debido á nuestro amado hijo Enrique, que es al presente rey y será emperador, mediante la voluntad de Dios, segun se lo hemos concedido ya. Igual honor se tributará á aquellos sucesores suyos, á quienes la Santa Sede haya concedido personalmente el mismo derecho.» De este modo manifestaba Nicolao II su gratitud al rey de Germania, el cual, dominando en Italia, habia protegido su eleccion y consagracion, y contribuido así á la estincion del cisma de Benedicto X. «Si el poder de los malos, sigue diciendo Nicolao, se opone á que se haga en Roma una eleccion legitima, los cardenales-obispos reunidos con el clero y con los seglares temerosos de Dios, aunque sean en corto número, tendrán derecho

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 1103.